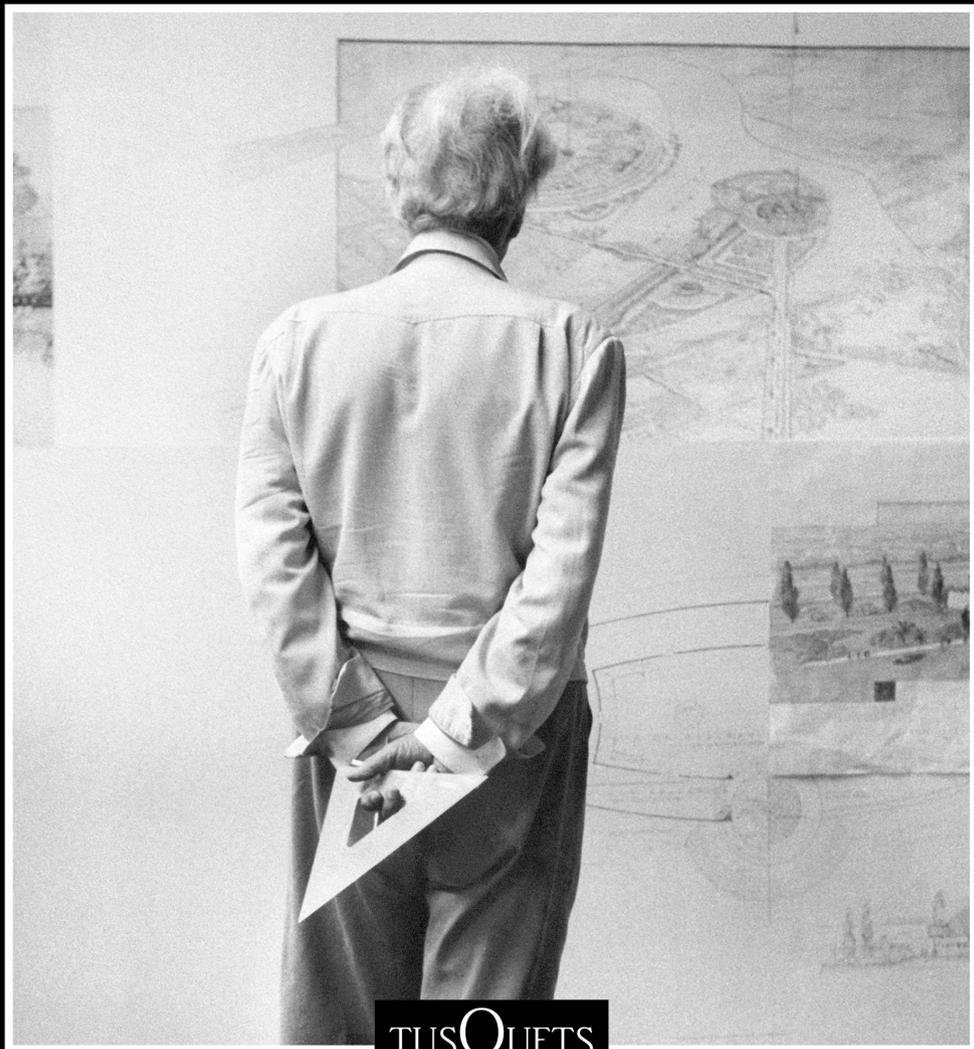


María Lobo

CIUDAD, 1951

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

MARÍA LOBO
CIUDAD, 1951

TUSQUETS
EDITORES

Territorio de San Miguel, 1951. En una pequeña ciudad de Argentina acontece uno de los sucesos culturales más importantes de la historia del país: el gobierno de Perón le asigna a la universidad un presupuesto fastuoso para desarrollar un proyecto arquitectónico sin precedentes. Allí, en las inmediaciones de una montaña selvática, inhóspita e inaccesible, se construirá la ciudad universitaria más grande de América Latina. El proyecto convoca a un grupo de arquitectos de renombre, argentinos y europeos, activistas del movimiento moderno de la época, inspirados en los grandes bloques de hormigón y la filosofía del espacio de la Bauhaus y de Le Corbusier. En 1951, mientras los países latinoamericanos intentan ocupar un lugar propio en el contexto del mundo, este proyecto significa para la Argentina mucho más que una obra arquitectónica: en la construcción de esta ciudad monumental, que albergará a una comunidad de más de 30.000 estudiantes, se pone en juego la identidad de las ciudades de Amé-

rica Latina, construida sobre una relación siempre traumática por la influencia de Europa.

Charles y Benita, dos arquitectos que integran el proyecto, emprenderán una caminata desde la ciudad de San Miguel hacia la obra, en la cima de la montaña. Bajo un sol de invierno, el lector asistirá a una conversación ininterrumpida entre estos dos jóvenes que, como algunas personas de aquella época, tienen un don particular: son capaces de recordar el futuro. Así, aunque ambos ya saben que esa ciudad universitaria no terminará de construirse nunca, durante esa larga caminata no dejarán de hacerse preguntas acerca de la juventud, las relaciones entre padres e hijos, la posibilidad del amor trascendente, la vocación, el arte y el modo en que los estereotipos condicionan las historias mínimas de hombres y mujeres a lo largo del tiempo. En este diálogo sin respiro, la arquitectura aparecerá como aquella forma secreta que las personas usan a cada paso, aun sin darse cuenta, para pensarse a sí mismas y al mundo.

Esta novela retrata de qué manera el ser latinoamericano se debatió entre imitar al mundo europeo o repensar las características de su territorio. Ensayo un homenaje al amor que anhelamos, a una época. Es una oda a la conversación humana y su poder para liberarnos, en ese decir físico y vital, de todas las preguntas que no somos capaces de responder.

Es, también, un reconocimiento al pensamiento de Ítalo Calvino y de Tomás Maldonado, amigos de Benita: en las cartas y conversaciones que ella mantiene con ambos emerge un merecido rescate a esas figuras de la historia que supieron pensar al arte, a la arquitectura y al diseño como los recursos más puros para dejar huellas, acaso discontinuas, en un futuro arrasado por la cultura del capital.



Vista de las ruinas de la ciudad universitaria, en el cerro San Javier, provincia de Tucumán.
Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

En un mundo presente, Benita miró a Charles y dijo:

—¿Será cierto lo de 1951?

Charles levantó la vista. Ella le preguntó si se había dado cuenta de que San Miguel era una ciudad de azoteas abundantes. Él bajó la mirada hacia las baldosas y se concentró en el sonido de las pisadas. Llegaron a la esquina sin interrumpir el silencio; dejar en primer plano la ausencia de tantas palabras. Habían caminado juntos hasta el punto donde sus destinos debían separarse. Como él no decía nada, Benita insistió:

—Dicen que vamos a dejar de recordar el futuro.

—Eso dicen —dijo Charles.

—Me refiero a que estamos en 1951 —dijo ella.

Los tacos de los zapatos de Benita no eran altos, aunque sí bastante finos. Charles no recordaba haber estado en otra ciudad donde hubiera tranvías estacionados en la mitad de las cuadras. Pero en San Miguel esa imagen, como la de las azoteas, era una imagen de carne y hueso. Real. Había un vagón vacío allí, justo en mitad de una manzana. De alguna manera, Benita conseguía caminar sin enterrar sus tacos entre las juntas de los adoquines. Despedirse sin decir: «Nos despedimos». Charles la miró saludarlo con la mano, manejar sus piernas (fácil), los pasos cortos; la miró cruzar la calle, avanzar hasta perderse detrás del vagón estacionado, desaparecer. Era la tarde y era el viento. Frío en los pies. Él podía dejar las cosas como estaban. Seguir caminando en dirección a las montañas, buscar la luz del almacén que estaba en la esquina de la pensión, encontrarlo abierto. Salir de allí con una botella de vino dentro de un paquete, caminar una cuadra más, esta vez hacia el sur, ¿Benita esperaba que él dijera algo?, llegar, subir las escaleras a pie, ¿o que él hiciera algo?, podía cenar a solas, después sentarse a dibujar. Caminó en el mismo sentido, todo recto en dirección a esas montañas que, en aquel momento del día, podían existir o no. La ciudad estaba desierta y penetrada de aquel olor a San Miguel, ¿humo?, ¿el vapor de personas diferentes?, aspirar un lugar. Si acaso él se vol-

viera sobre sus pasos, si Charles hiciera eso, Benita, ¿todavía estaría allí?, ¿la encontraría justo donde se habían separado? La luz del almacén se veía encendida, pero Charles decidió dar la vuelta hacia el este. Una pareja que caminaba detrás, y a la que él no había visto, se detuvo de pronto para no tropezarse con él y luego le abrió el paso. Charles llegó a la primera esquina, esperó el cruce del tranvía, tal vez Benita apareciera del mismo modo en que se había perdido hacía solo un instante; luego Charles se quitó el sombrero, ¿se puede salir a la vida como un hombre que se ha enamorado y aun así seguir pareciendo libre? Tocar un timbre, ser un desconocido que pregunta por una mujer cuyo nombre lo excita desde que lo ha oído por primera vez. Benita. Invitarla a qué. Alcanzó la segunda esquina, bordeó el charco, saltó las vías, ¿algo se descomponía debajo de las calles de San Miguel? Entonces ella apareció; también llevaba su sombrero en la mano, y sus pantalones muy largos, y su abrigo muy grande, y la mochila colgada de un hombro. Invitarla a dónde. Benita se había vuelto sobre sus pasos y ahora estaba allí. Parada en una vereda, mirando al frente; ella era una testigo de alguien (testigo de un Charles); testigo de un hombre que se había vuelto sobre sus pasos solo para mirar otra vez a una mujer. Charles se acercó y le ofreció cargar su mochila, como si hubieran estado a punto de emprender un recorrido.

Era Benita quien tenía el derecho a decidir hacia dónde ir. Aunque llevaba tres años en la ciudad, Charles no era más que un recién llegado a San Miguel. No habría sabido decir cuál debía de ser el destino adecuado en una noche como aquella. Charles era un extranjero en la tierra de la edad que hoy tenía. Se colgó la mochila de ella en el mismo hombro en el que cargaba la de él. Ahora tenía dos mochilas colgando de su hombro. Miró hacia las azoteas.

—¿A dónde vamos? —le preguntó a Benita.

Entonces ella le agarró la mano y empezaron a caminar hacia el este, por esas cuadras que iban en descenso desde la ciudad hacia la zona del parque, ¿ir de la mano? Los tacos en el silencio de esa noche, ¿mostrarse así? Llegaron al final del bajo, cruzaron la avenida. De pronto, los árboles, la vista del lago. De pronto, la noche. Estaban camino hacia el puente peatonal que marcaba el límite entre el norte y el sur en San Miguel. Quería estar seguro. Saber si Benita realmente se había vuelto caminando todas esas cuadras porque quería encontrarse con él. Podía invitarla a mirar las cosas desde las alturas. Ella no parecía sentir vergüenza nunca.

—Qué es mejor, caminar por sobre o debajo de las cosas —dijo él—. Porque creo que iba a invitarte al puente —se miró los pies en movimiento, los pasos de ambos, después levantó la vista hacia el puente; creo que iba a invitarte, ¿creo?, ¿creo que iba a invitarte?, ¿creer?

Benita lo miró; le dijo:

—¿Te preguntás algunas veces por el sonido y la visión?

Avanzaban por aquellas cuadras, en descenso. Benita parecía haber pasado por esa situación otras veces; se veía como alguien que no tenía problemas con esas imágenes de parejas que van por las veredas: esa clase de amor. Charles nunca pensaba en el sonido ni en la visión. Tampoco le dijo que él sí se había vuelto para buscarla. Solo alcanzó a lanzar la pregunta al aire, preguntó como si se hablara a sí mismo; preguntó si el puente estaría abierto a esa hora. Caminaron por las veredas anchas. Llegaron hasta la entrada del puente por donde cruzaban los peatones. Había una valla que cerraba el paso de las escaleras, porque el puente estaba en obra. Charles nunca lo había visto despejado; ese puente estaba en obra desde que él había llegado a San Miguel por primera vez.

—Ahora va a pasar un auto —dijo ella; se habían detenido a la entrada del puente—. He tenido ese recuerdo. Y también me he visto a mí misma, en el futuro, recordando esta clase de momentos.

Charles le preguntó si quería esperar allí hasta que pasara el auto o si prefería subir. Benita le dio un beso corto, entonces él volvió a darle otro más profundo y más largo. Le agarró la mano, desplazó la valla hacia un costado y la acomodó otra vez cuando ya estaban del lado de adentro. Mientras subían las escaleras, frenaron en un peldaño y se dieron un beso otra vez. Aplastado, un beso bastante eterno. Llegaron a las alturas, caminaron hasta la mitad del puente. Se quedaron allí, mirando hacia las montañas.

—En el futuro —dijo Charles; el ruido sube, de modo que lo que ahora ocurría debajo de la ciudad se oía más lejos de lo que en realidad estaba—. Vas a recordarlo siempre.

Ningún auto a esa hora.

—¿Vos también? —dijo Benita—. ¿Ya lo has recordado?

Y entonces sí, el auto. Primero se hizo el resplandor de las luces. Luego fue acercándose, pasó a una velocidad baja, justo debajo del tramo del puente donde estaban parados ellos dos.

—Algunas veces están estos recuerdos —Charles se quedó mirando cómo se alejaban las luces—. Cosas que se aparecieron como ráfagas, en algún momento. Y sabías que eran imágenes del futuro. Y después hay otra clase de recuerdos. También he tenido esa sensación. A veces me vi a mí mismo, en el futuro, reviviendo algunos recuerdos del pasado. Como esta noche. Y tengo la imagen de haber estado recordando esta situación.

—Verte a vos mismo.

—Esos recuerdos en los que estás mirándote a vos mismo. Es la imagen de cómo es que recordás.

—Y aquí habrá edificios —dijo ella—. Es un poco triste.

Charles apoyó sus brazos sobre los hombros de Benita, se acercó para darle un beso y le metió la lengua de un modo abundante. Ya no iban a pasar más autos y podían bajarse los pantalones y nadie en San Miguel tendría la capacidad para interrumpirlos. Se desabrochó el cinturón, le bajó los pantalones a ella.

—Vos sabías —dijo Charles después, cuando el sexo terminó y él abrió los ojos.

Benita se acomodó la ropa y se sentó, la espalda apoyada en las paredes del puente. Dio unas palmadas al suelo y entonces Charles se sentó junto a ella.

—Me di cuenta enseguida —dijo Benita—. Te das cuenta cuando alguien es una persona que recuerda el futuro.

—Aunque cada vez somos menos.

—Aunque cada vez recordamos menos cosas.

—Al menos nadie va a morir —dijo él.

—Van a extender todo San Miguel hacia el norte —dijo ella—. Y habrá muchos edificios.

Eran dos personas que podían recordar el futuro. Para Charles no era común que, entre ellos, se reconocieran; a él le parecía difícil, de hecho, que dos personas así se hubieran encontrado.

—Edificios —dijo.

—Edificios bajitos —dijo Benita.

Se quedaron en silencio.

—Pero no es eso lo que te pone triste —dijo Charles.

—Siempre recuerdo este lugar como una infinidad de edificios. La media altura.

—Ni tan al cielo.

—Ni tan a lo profundo.

Ella miró hacia arriba; la vista en un punto fijo. Como si una parte de la noche se hubiera abierto; como si Benita estuviera siendo testigo de un fenómeno que nunca había ocurrido. Fenómenos. Mirar fenómenos con los ojos abiertos. Después dijo:

—Edificios.

—No construimos edificios. Solo hemos agregado un poco de agua, un poco de lima —dijo Charles.

—¿Cómo fue que ganó el occidente?

—¿A dónde nos ha llevado?

—¿Gritarías ahora?

En ese mismo instante, gritar: ah. Gritar mirando al cielo.

—Gritaría —dijo él—. Gritaría algo. Gritaría todas las noches para que lo escucharan todas las personas que viven en el oeste. Para recordarlo en el futuro.

No era un tiempo en que San Miguel contara todavía con el alumbrado público suficiente; estar en la ciudad no parecía entonces algo muy distinto a pasar una noche en la montaña. En términos de cielo. Si había caído la tarde, si sobrevenía la oscuridad, como había sucedido hacía un instante, las estrellas podían brillar a pesar de las luces. Benita le preguntó a Charles si, en el Chaco, las estrellas también estaban tan cerca. Él le dijo que sí. No importaba el futuro o lo que ellos sabían que iría a ocurrir: era un tiempo en que Charles se sentía poderoso (formar parte de un equipo de trabajo importante, estar en un proyecto nacional, la posibilidad de construir una ciudad universitaria única en el mundo).

—A veces me siento como el engranaje de una máquina de otro tiempo —dijo—. La legión de los saberes. Los constructores del futuro.

Estaban contentos; eso dijeron. Pertenecer a ese grupo de arquitectos. Ser parte del proyecto de la construcción de la ciudad universitaria más importante de América Latina. Imaginar una universidad que funcionaría en el medio de un cerro.